

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**APARICIONES DE LA VIRGEN
EN LA CODOSERA (BADAJOZ)**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

La Codosera.

Antecedentes de las apariciones.

Marcelina.

Su prima Agustina.

Afra Brígida.

Los estigmas.

Después de las llagas.

Perfume sobrenatural.

Otros videntes.

Una falsa vidente.

Castigos.

Conversiones y curaciones.

El santuario.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Las apariciones de la Virgen nuestra Madre en el lugar de Chandavila, de la parroquia de La Codosera en Badajoz, fueron un estimulante poderoso para levantar la indiferencia que reinaba en el pueblo a raíz del escándalo de un sacerdote. Precisamente la Virgen escogió a una hija de uno que fue asesinado por los nacionales al tomar el pueblo, que había estado en manos de republicanos. La madre de esta niña tenía mucho odio en su corazón y su conversión fue uno de los grandes milagros de estas apariciones, al igual que hubo muchas curaciones extraordinarias.

Las dos primeras videntes fueron: la niña Marcelina de 10 años y Afra, joven de 17 años, a quien el Señor le dio sus estigmas para ofrecer sus dolores por la conversión de los pecadores. Al igual que en muchos otros lugares de apariciones, hubo otros que también dijeron ver a la Virgen. Algunos eran personas dignas de fe. Otros en cambio crearon divisiones y problemas, no queriendo obedecer a las autoridades eclesiales, demostrando así que eran falsos videntes.

Lo cierto es que el pueblo se transformó y actualmente hay un gran santuario en Chandavila, donde se apareció la Virgen, dentro de la parroquia de La Codosera, que es centro de irradiación de fe y adonde acuden muchas personas buscando la paz, el perdón y muchas bendiciones. Ha habido conversiones y curaciones físicas y espirituales. Gracias a Dios que el obispo, con buen discernimiento, pidió ayuda a personas de confianza para poder aclarar sus dudas y quedó convencido de que allí en Chandavila había algo más que fervor popular o niños visionarios sin fundamento.

Según el gran mariólogo francés René Laurentin, este es un caso más entre los más de 500 apariciones que ha habido de la Virgen María en el siglo XX, y uno de los pocos de España en este siglo, entre los que algunos cuentan: Ezkioga, Umbe y El Escorial. Otros rechazan Ezkioga, al igual que Garabandal, mientras otros los aceptan como auténticos. Lo importante en todo esto es obedecer a la autoridad de la Iglesia y amar a nuestra Madre la Virgen con todo el corazón para que ella nos lleve a amar cada día más a su Hijo Jesús, que siempre nos espera como un amigo cercano en la Eucaristía.

LA CODOSERA

La Codosera es un pueblo de la provincia de Badajoz, en el límite con Portugal, muy rico en agua, pues tiene cuatro ríos y regatos por doquier y se cultivan toda clase de hortalizas. También tenía en el tiempo de las apariciones hornos de cal para la construcción y el blanqueo de las casas. Por cualquier parte manaba agua, pero también por la siembra de arroz venía el paludismo y enfermedades del pulmón por la humedad. La mortalidad infantil era grande y la esperanza de vida estaba en los 60 años en esa época, en que en el pueblo había unos 500 habitantes.

Al estallar la guerra civil, el abuelo de Marcelina (vidente de la Virgen) era el alcalde republicano del pueblo, pero era buena gente y ayudó al párroco a escapar cuando estaban por llegar los republicanos, a quienes tuvo que entregar las llaves de la iglesia, que destrozaron junto con imágenes y objetos sagrados. Su padre, hijo del alcalde, fue uno de los sufrieron represalias por los nacionales, cuando entraron en el pueblo. Por eso su madre no quería saber nada con la Iglesia.

ANTECEDENTES DE LAS APARICIONES

La señora Inocenta Barroso Calderita (1865-1953) recuerda que un día, cuando tenía diez años, en 1875, se celebró una misa solemne a la que asistieron procesionalmente autoridades y niños de las escuelas con velas encendidas. Aquella misa se celebró porque decían que se había aparecido la Virgen. Como si ese lugar estuviera ya predestinado por Dios.

Otro antecedente es el testimonio de Francisco Pérez Bonacho (1881-1951). Le llamaban Pacucho y era cabrero. Lo que le sucedió no se lo quiso decir ni a su mujer para no armar escándalos, pero cuando Marcelina dijo que se le había aparecido la Virgen, él no pudo callarse y manifestó su experiencia al padre Hilarión:

Mire, usted, no sé leer ni escribir ni rezar, porque no me lo enseñaron. Creo en Dios y en la Virgen, pero no voy a la iglesia porque desde niño me he pasado todo el tiempo en el campo guardando las cabras y, cuando vuelvo, solo quiero descansar. Hace mucho tiempo pasaba yo con mi ganado por cerca de Chandavila cuando, al mirar el cielo, vi en él unas figuras que comprendí eran nuestro Padre Jesús con la cruz a cuestas y detrás de él a la Santísima Virgen. Yo, al verlos, me dije: “¿Santitos a mí?”. Pensé que me había “cojío” una debilidad. Me restregué los ojos, miré las cabras y el campo, los olivos y las jaras y todo estaba en su sitio y como tenía que estar. Volví entonces a mirar al

cielo y allí seguían el Señor y la Virgen y así cuatro veces. La Virgen traía en la cabeza un “resplandó” que me cegaba la vista. Me eché agua en los ojos, no fuera que fuese una visión, pero la Virgen no se iba. Sí, señor, era la Virgen vestida de Dolorosa. Llevaba el manto negro, “cuajaíto de estrellas”. Y su cara era tan guapa y bonita que jamás había visto cosa igual. En aquellos días, estaba deseando que se hiciera de día para poder verla y disfrutar de aquella maravilla. Ella no me decía nada, pero bastantes días tenía allí esa visión y perdía la noción del tiempo, contemplándola.

No lo dijo nadie, porque no estaba seguro de lo que había visto, temiendo que fuera una debilidad, y le dijo a su esposa que le pusiera más ración en la merienda. Pero fue lo mismo, volvió a presentarse y con un resplandor que no le podía mirar a la cara. Además tenía miedo de que lo tomaran por visionario y se rieran de él. Pero, cuando supe lo de Marcelina, no le pareció bien guardar lo que le había pasado. Es importante anotar que la celebración de la misa en 1875 y la visión de Pacucho fueron en el mismo lugar donde la vio Marcelina.

MARCELINA

La primera vidente de la Virgen en La Codosera fue Marcelina Barroso Expósito de diez años. Era el 27 de mayo de 1945. Iba acompañada de su prima Agustina González al caserío de *El Marco* para cumplir un encargo de su madre y dar un recado referente al trabajo de su madre, que se dedicaba a ganarse la vida con el contrabando o estraperlo. Su prima iba con ella para no dejarla sola en el trayecto de más de tres kilómetros, pues era un camino solitario. Hacía mucho calor y tomaron un atajo que cruzaba un pequeño valle llamado Chandavila.

Al pasar por ese lugar de Chandavila, vio junto a un castaño, un poco lejos, un busto oscuro al que no prestó mucha atención y continuó su camino. Al volver, nos dice: *Volví a mirar y vi el mismo bulto que tomó forma y era la Virgen Santísima, que se levantaba por los aires, mirando hacia el pueblo de La Codosera.* Entonces le dijo a su prima: *Mira, mira. Es la Virgen.* Agustina no veía nada, sintieron miedo y aceleraron el paso hasta el pueblo.

En el pueblo guardó silencio, porque suponía la mala reacción de su madre, alejada de la Iglesia y herida, porque los nacionales al entrar en el pueblo habían fusilado a su esposo, el padre de Marcelina, y su madre debía afrontar la vida con sus dos hijos: Marcelina y Alonso, hijo póstumo. Trabajaba en tareas de limpieza y en contrabando. En los años que siguieron a la guerra civil había hambre en las familias y los del pueblo, en el límite de Portugal, tenían la suerte de poder comprar allí alimentos de primera necesidad.

A Marcelina, a diferencia de su madre, le gustaba ir a la iglesia, especialmente en el mes de mayo, en Navidad y en las grandes fiestas. El año anterior, en la fiesta del Corpus Christi, había asistido con las demás niñas de la escuela en procesión para echar flores al paso del Santísimo Sacramento. Llevó una silla pequeña a la iglesia y, al regreso a casa, la dejó olvidada. Por eso su madre la había castigado. Y le decía que *por estar todo el día metida en la iglesia.*

Estaba segura que, si le decía a su madre que había visto a la Virgen, la iba a castigar y eso fue lo que exactamente sucedió. Al día siguiente, después de levantarse, la niña no pudo guardarse el secreto y se lo dijo. La madre la golpeó, diciéndole: *Beata, mentirosa, mostrenca. ¿Han matado a tu padre y ahora me vienes diciendo que ves a la Virgen? Vete de mi vista, que te mato.*

Marcelina refiere: *Entonces fui a contárselo a mi tía María (la Pardala), que me consoló, me dio ánimos y me dijo que no temiese. Mañana yo voy contigo a Chandavila, le prometió cariñosamente su tía, y comprobarás si la ves otra vez o fue algo que te pareció, pero que no ocurrió en realidad.*

En efecto, al día siguiente vuelve acompañada de su tía y no ve nada. Pero al otro día, 29, van otra vez y ve con perfecta claridad, sobre el límpido cielo azul de Chandavila, la imagen de Jesús en la Cruz. En esta segunda aparición la pequeña vidente aclara y confirma que fue una visión perfecta y clarísima.

Los demás días, hasta el 4 de junio, vio a la Virgen todos los días, con manto de Dolorosa, cuajado de muchas estrellas y una corona en la que lucían tres estrellas.

Y así hasta el día 4 de junio, en que hacía ocho días de la primera vez que la vi. Ese día sentí un impulso interior que me decía que tenía que ir y me hablaría. Fui por la mañana. Serían como las nueve. Se me apareció la Virgen y me habló. Me dijo que volviera a las tres de la tarde, que me pusiera de rodillas, desde el “regacho” (pequeño caudal que por allí pasa) y, sin volver la vista para atrás, fuese hasta el castaño.

La noticia corrió como corriente eléctrica. La aldea se movilizó toda. Las gentes del campo acudieron al lugar, así como muchas personas de los caseríos cercanos de Portugal. Toda la muchedumbre esperaba con expectación la realización de las palabras de la niña.

Marcelina llegó a la hora anunciada y, ante la vista estupefacta de todos aquellos testigos, que guardaban un silencio de misterio, la niña se pone de rodillas y comienza su andadura hacia el castaño, que dista unos setenta metros.

En esos primeros momentos, algunos hombres comienzan a rezar seguidos de la multitud y algunas mujeres entonan el cántico: *Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia*.

Agustina, la madre de la niña, llora a gritos de emoción y nadie quita la vista de aquello que está sucediendo. Todos presencian con reverencial temor a la niña, yendo de rodillas hacia el castaño por un terreno escabroso, cuajado de erizos secos, espinos, helechos y piedras cortantes.

La Virgen se dejó ver de la inocente criatura. Su relato siempre fue el mismo: *Se formó una nube misteriosa; se partió, quedando la Virgen sobre el firmamento. La Aparición inició un descenso dulcísimo hasta colocarse encima del castaño. Al llegar a él—relata la niña al P. Hilarión— vi que el castaño se abría, y al fondo vi una capilla bastante grande, con su coro, lámparas, retablo y a la Virgen que, bajando del altar mayor, se acercó a mí y me preguntó: “¿Te quieres venir conmigo?”. “Sí, Señora”, le dije. La Virgen se sonrió y me besó.*

Un entrevistador preguntó a la niña:

— ¿Tú sentiste el calor de la Virgen al acercarse a ti?

— Sí, señor. La Virgen tenía cuerpo como nosotros y sentí que, al acercarse y besarme, me hizo cosquillas con la puntilla que tenía alrededor de su cara.

— ¿Y qué te pidió la Virgen María?

— Me dijo: “Quiero que a los tres meses digan aquí una misa de campaña y me hagan la ermita”.

— Yo le pregunté: “¿Vuelvo de rodillas?”.

— No, hija mía, me dijo la Virgen, has hecho ya bastante sacrificio. No mires atrás. Entonces salí de la capilla después de santiguarme y volví al mismo sitio donde me había puesto de rodillas y me di cuenta de que estaba entre toda aquella gente ¹.

La admiración de todos fue unánime, cuando comprobaron que no se había lastimado las rodillas y una pequeña pupa con postilla que había tenido, permanecía intacta y no había el más mínimo rasguño. La madre la abrazó con intenso llanto y le preguntó: ¿No te has hecho daño, hija mía? Le respondió: No. Yo iba por unas yerbitas.

¹ Barroso Silva Francisco, *Chandavila. Aquello.... sucedió*, Ed. Cofradía, 2015, pp. 15-18.

Al día siguiente, 5 de junio, sobre el cielo azul de Chandavila, al mediodía, vio a Jesús en diversos pasos de la Pasión varias veces y a Jesús con la cruz a cuestas tres veces.

SU PRIMA AGUSTINA

La prima Agustina, refiere: Cuando pasamos por Chandavila, íbamos cantando y, de repente, me dijo Marcelina: *Mira, mira. La Virgen. Parece la Virgen de espaldas.* Yo le dije: *Pues yo no veo nada. Allí no hay nadie.* Aquello fue breve y no le dimos demasiada importancia. Pero Marcelina me dijo: *Cuando volvamos, si esa Aparición vuelve otra vez y nos dice que nos sentemos, no lo hagamos, porque nos entretendremos y, si llegamos tarde, pensarán en casa que nos ha pasado algo.*

Al regreso vuelve a decirme Marcelina: *“Mírala, allí está en el castaño más grande. ¿No la ves de espaldas y se va dando la vuelta despacito? Mírala con el manto lleno de estrellas”. Siempre dijo que la veía de espaldas y con un manto lleno de estrellas, y que giraba muy despacio hasta ponerse de perfil. Yo no vi nada, pero creí que ella sí la veía y decía la verdad. “Vamos a acercarnos para verla mejor”, dijo Marcelina. Pero yo no vi nada y le dije que no me acercaba. Entonces continuamos muy nerviosas el camino hasta el pueblo y mi prima me dijo: “Atiende, la Virgen viene con nosotras. Pero aunque no la vemos, que sepas que no vamos solas”.*

Aquella noche no dije nada en casa. Pero yo no era capaz de dormir. A las siete ya estaba despierta y quise ir con mi madre a buscar el pan y a ver a Marcelina. Cuando llegué a su casa, estaba sentada en brazos de nuestra abuela Encarnación en el umbral. “¿Has dicho algo a tu madre?” me preguntó ella. Yo le dije que no. “Entonces, tú también viste a la Virgen, ¿verdad?”. Y yo siempre le decía que no, y que no. Pero era tanta la insistencia, que, viéndome acosada, terminé diciéndole que sí, que la había visto (para que se callara). Entonces insistió: “Pero ten en cuenta que si no la has visto y dices que sí, eso es un pecado. Porque mentir sobre cosa tan gorda es un pecado muy grande”. Ante esto, le dije que yo no la había visto. “Pues ¿por qué me has dicho que sí?”, insistía Marcelina. “Para que me dejaras en paz”, le respondí.

Entonces fue cuando le conté todo a mi madre y me dijo que eso no lo dijera, porque nos meterían en la cárcel. Marcelina también se lo dijo a su madre y la reacción fue tremenda. Mi tía Agustina no creía y no podía entender que, habiendo matado al padre de su hija, saliera ella diciendo que había visto a

la Virgen. Esto es lo que yo he vivido con respecto a la Aparición y que me marcó para siempre

Agustina nunca olvidó la experiencia de su vida, comprobando que el mundo de lo sobrenatural —que no se ve— es una realidad constatada y verificada en la visión de su prima, siendo ella testigo privilegiada.

¿Cómo podía vivir consecuentemente con tal experiencia? Cumpliendo con las obligaciones de su trabajo, cuidando con esmero a los niños a ella encomendados y no dejando el contacto con lo sobrenatural, que tan sorprendente e inesperadamente había experimentado.

En Badajoz, estando de niñera en una familia, tuvo la oportunidad de poder asistir todos los días a la misa que de mañana se celebraba en la iglesia de La Concepción. También frecuentó la parroquia de Santo Domingo, donde conoció a un sacerdote paúl que la aconsejaba espiritualmente y la orientaba en su sencilla vida de piedad y trabajo.

Agustina tuvo sinsabores y presiones por parte de las compañeras de trabajo que le afeaban su asistencia a misa y la tachaban de beata por su conducta que, según ellas, no le correspondía. Se levantaba a las siete de la mañana para poder ir a misa todos los días y atender a su trabajo cuidando a los niños. Las compañeras y conocidas le decían que ir a misa era propio de las señoritas ricas, a quienes ellas servían, pero no de las criadas.

Agustina había creído que su prima Marcelina había visto a la Virgen y su vida cambió a mejor. Estuvo de empleada en la familia Sierra y siguió con ella al trasladarse a Madrid. Vivieron en Carabanchel y allí conoció a su futuro esposo, que era policía. Ella nos dice:

*Yo siempre tuve en mi corazón el deseo de tener un hijo y ofrecérselo al Señor. Y, si fuera sacerdote, sería mi mayor alegría. Por eso, cuando quedé embarazada y nació mi primer hijo, llamado Eugenio como su padre, lo recibimos con gran gozo. La oferta que hice al Señor de entregarle un hijo fue aceptada, pero no como yo imaginaba. Al poco de nacer le detectaron una enfermedad de ataques y tuvimos que llevarlo al hospital del Niño Jesús de Madrid. Durante tres meses estuvo sondado. Yo no me quitaba de su lado y pedía que se curara y viviera, pero los planes del Señor no son los nuestros y murió a los siete meses. Creo que Dios aceptó mi ofrecimiento y se lo llevó, no como yo deseaba. sino como Él quería y creo que está en sus brazos de Padre amoroso*².

² Ib. pp. 30-34.

A Marcelina la hicieron estudiar en un colegio de Villafranca de Barros (Badajoz). Allí estaba de interna y tenía un nombre supuesto y era desconocida de alumnas y religiosas, que no sabían que era la vidente de La Codosera. Entró de religiosa de las hermanas de la Cruz, fundadas por santa Angela de la Cruz, el 2 de agosto de 1928 en Sevilla y allí profesó con el nombre de María de la misericordia de la Cruz. Allí ha vivido muchos años dedicada como las religiosas de su Congregación a la asistencia domiciliaria y socorro de enfermos pobres, con colegios gratuitos e internados de huerfanitas desvalidas también gratuitos.

AFRA BRÍGIDA

Afra fue la segunda vidente. Tenía 17 años y era sencilla y alegre de temperamento. No creía en las apariciones de la Virgen a Marcelina. Su hermano Juan manifestó en su casa que había ido al lugar de las apariciones y había visto a plena luz del día incontables estrellas y una aureola como corona blanquísima. Su hermana Afra se rió y le dijo que había visto visiones y que era un tonto, que necesitaba comer más o beber menos. De hecho, en el pueblo, unos creían y otros no.

Algunos decían: *¿Cómo se va a aparecer la Virgen a la hija de un rojo que lo mataron en la guerra?* Otros decían: *Si se apareciera a doña Paquita, sería lo normal y lo podríamos creer.* La señora Paquita era la mujer de José Camacho, inspector de policía, y todos los días iba a misa y al rosario y rezaba mucho en su casa, donde tenía una habitación llena de velas y mariposas encendidas.

Afra no tenía interés por lo que decían que ocurría en Chandavila. El día 30 de mayo, más en plan de paseo que de devoción, determinó ir a Chandavila. Eran las tres de la tarde y le pareció ver, entre unas nubes, algo que simulaba una capilla y muy clara la forma exacta de una cruz. Nada más.

El día 31, fiesta del Corpus Christi, decide ir a la misma hora para ver qué pasa. La acompañaban varias amigas: su prima Ana Blanco, Isabel Alvez, Agustina Gómez y otras más.

Cuando llegamos a Chandavila, —dice Ana Blanco— vimos a Juan sentado debajo de un castaño, donde dijo que desde allí había visto los días anteriores. Afra se sentó junto a su hermano y, como si no ocurriera nada, se reía de las admiraciones de algunas personas. Nos pusimos a rezar. De pronto, vemos que cae desmayada sobre su prima Paula, que también estaba allí, con un mareo que duró como unos diez minutos. Todas las personas que estábamos

cerca acudimos a su lado hasta que se le pasó y le preguntamos qué le había ocurrido. Llena de emoción y llorando, dijo: “He visto a la Santísima Virgen de los Dolores, que aparecía de perfil con el rostro vuelto hacia la derecha, y luego descendió hacia mí, tan cerca que decidí ir hacia ella, cayendo desmayada; el resplandor que traía creí que me asfixiaba”.

Afra declaraba después al P. Antonio Corredor: *La vi de Dolorosa; manto negro con muchísimas estrellas, muy brillantes. Primero de perfil; al descender a la tierra, mirando hacia mí, perdí los sentidos. La Virgen esta vez no me dijo nada. En ese momento me desmayé y me llevaron a casa.*

A los pocos días fallece su abuela paterna, la señora Eustoquia y, por este motivo, se viste de luto y apenas sale a la calle. Las amigas la visitan y le ruegan que vaya otra vez a Chandavila, pues la ocasión era religiosa y nada tenía que ver con el luto. Y después de hacerse rogar, le pide permiso a su madre, Cipriana, y le concede que salga. Y va acompañada de unas cuantas jóvenes amigas.

Era el 17 de junio. Sentada cerca de uno de los castaños, vuelve a ver la Aparición de la misma forma que la vez anterior, con el mismo resplandor que traía y que la asfixiaba.

Cae en éxtasis y baja al regato y comienza a andar de rodillas. La Virgen le indica que se levante y vaya caminando hasta el castaño. Al llegar se arrodilla. La Virgen le dice: *No temas, hija mía, en los momentos más amargos de tu vida, yo estaré siempre a tu lado.* Y le comunicó un secreto y le predijo grandes sufrimientos.

Y anota Afra: Después me dijo: *Ve a besar a la niña (Marcelina) y dile que se persigne. Vuelve mañana por la tarde*³. Y así lo hizo.

El 7 de julio de ese año 1945 vino una peregrinación de Villar del Rey encabezada por el párroco don Pablo Meléndez, que había sido párroco de La Codosera antes de las apariciones. Él nos dice: *Marchamos rezando el rosario ante el castaño todos muy devotos y recogidos. Al cuarto misterio doloroso Afra entró en éxtasis durante 20 minutos. Su rostro estaba resplandeciente y sus ojos brillantes. Le preguntamos si había visto a la Virgen y dijo que sí. Por la tarde, sigue anotando el párroco de Villar, se cantó la Salve y Afra volvió a ver a la Virgen y, terminado el éxtasis, Marcelina, que también estaba, hizo un recorrido de Este a Oeste. Le precedía una estrella brillante, que la vimos varios, incluido yo.* Al terminar la visión, le pregunté a Marcelina:

³ Ib. pp. 56-58.

- ¿Qué hacías paseándote entre la multitud?
- Iba acompañando a la Santísima Virgen y me guiaba una estrella y me acompañó el ángel de mi guarda. La Virgen le dijo: *Para que crean en estas apariciones, haré un milagro real y permanente en una persona de este pueblo. Se trataba de la estigmatización de la joven Afra Brígida. Ese mismo día, relata el padre Pablo Meléndez, cuando nos regresábamos, el sol giraba vertiginosamente y se veía que el valle tomaba distintos colores: verde, azul, morado, encarnado... Era una repetición del milagro de Fátima y que vieron muchas personas presentes, entre ellas yo y mis parroquianos*⁴.

Sobre la visión del 17 de julio de 1945 en Chandavila dice Marcelina: *Nos pusimos de rodillas delante del castaño y rezamos. En esta ocasión no vi nada. Fuimos a la cruz y volvimos al castaño y rezamos arrodilladas. Yo recé un Credo a Jesús con mucho fervor y fue cuando se me apareció de Nazareno. Me mostraba un cáliz del que salían como unos resplandores y con las dos manos el Señor hacía ademán de entregármelo.*

En septiembre Afra volvió a contemplar a Jesús en el Huerto de los Olivos y nos dice: *Frente a Jesús vi un ángel.* En diversas apariciones Afra vio a la Santísima Virgen y también un ángel.

A Afra se le aparecía la Virgen como Dolorosa, mostrando en su pecho siete espadas, que atraviesan su Corazón, manos juntas y manto negro con estrellas. En cierta ocasión, con un rosario negro en la mano como ofreciéndoselo. Afra decía: *Es muy bella la Virgen, muy bella.* Me gustaría saber pintar para pintarla como yo la veo.

En esta misma aparición la Virgen le manda que cante la misa que le ha pedido a Marcelina. Le confía tres secretos con mandato de no revelarlos, mientras no se lo ordene. Y, como despedida, la Virgen le da a besar un escapulario sobre el cual, dice ella, vio una cruz y una paloma y le encarga que al día siguiente vuelva, sobre las tres y media de la tarde, trayendo velas encendidas.

⁴ Ib. pp. 60-62.

LOS ESTIGMAS

Afra recibió las llagas de Cristo en Villar del Rey. El párroco le declaró al P. Hilarión: *Habiendo venido a esta mi parroquia Afra, Marcelina y Dolores, los días 22 al 24 de julio, fueron a visitar a la Santísima Virgen de la Ribera, en su Santuario, distante de Villar del Rey dos kilómetros y medio. Rezaron el santo rosario en compañía de muchos fieles de ambos sexos. Al llegar al cuarto misterio, Afra se postra en tierra en forma de cruz, con los pies unidos, las manos extendidas, quedando en éxtasis. Después hicieron el Vía-Crucis Afra, Pura Morera, Marcelina, Josefa Tarriño, Juana Ortega, Juan García, don Carlos Rodríguez, etc. y varias señoras y jóvenes. Terminado el Vía-Crucis, regresan los fieles al pueblo. Llegada a la casa donde se hospedaba, Afra confía a su amiga, la señorita Gloria Gallego, cuanto le había pasado. La intención de la estigmatizada fue el no comunicar, de momento, el suceso; pero Gloria Gallego notó que Afra no podía descansar y le preguntó si se encontraba enferma. Entonces ella le refirió todo lo ocurrido:*

“He visto —le dice— clavar al Señor a los judíos, con los martillos y los clavos. He oído el sonido (de los martillazos), y cada vez que daban golpes era tan intenso el dolor que me producían en las palmas de las manos, así como en el costado, que sufría horribles dolores. Aún me duran. No puedo descansar”.

El P. Hilarión anota: *Ella me habló de sus visiones con tanta veracidad y con un sentido tan irreprochable de convicción, que sus palabras lo descubren TODO de la manera más auténtica. Al preguntarle cómo le aparecieron los estigmas, no sin continuas insistencias mías, Afra me refirió el suceso con estas palabras:*

“Entramos en la iglesia (de la Virgen de la Ribera, de Villar del Rey) y empezamos a rezar el rosario. Al cuarto misterio de dolor, estando de rodillas, se me apareció Jesús Nazareno con sogas al cuello. Veía cómo le tiraban y cayó una vez al suelo.

La figura de Jesús —dice— era de regular estatura, delgado. El cabello echado hacia atrás, no muy largo y algo caído sobre los hombros. Rostro entrelargo y hermosísimo: se comprende que era blanco, pero el sudor y el polvo le daban un color moreno. Estaba muy demacrado. Frente despejada. La barba, partida. Boca hermosísima y los ojos de un castaño oscuro. Llevaba el Señor túnica de color lirio, atada a la cintura con un cordón de soga, muy apretado. Mangas algo anchas. La túnica era lisa, sin cenefa alguna. Al caer el Señor le vi como una cinta de sangre que le bajaba del brazo”.

Ana Blanco, prima hermana de Afra refiere lo siguiente: “Volvieron al Santuario de la Ribera, lugar de la Aparición. Serían las ocho de la tarde y, al llegar, dice Afra que se quedó extasiada. Vio un huerto con olivos y de entre ellos vio salir a Jesús Nazareno. Vio que salió de orar y observó que los, judíos lo cogieron y lo maltrataban: lo llevaron al Monte Calvario, vio cómo le pusieron sobre los hombros la Cruz pesada. Vio las tres caídas, y cuando se levantaba, le presentaba la Cruz a Afra.

Afra anota: Vi que alguien le ayudó a levantarse. A los verdugos los veía moverse a un lado y a otro. Pero mi atención la tenía toda puesta en Jesús. Recuerdo —agrega— que el que levantó al Señor llevaba sobre la cabeza un gorro muy raro. Jesús —sigue diciéndome Afra— caminó hacia la cumbre del monte y allí empezaron a desnudarlo; pero no vi más que del pecho del Señor para arriba. Vi cómo le tendieron sobre la Cruz y cómo le clavaron una de las manos; oí los martillazos y reparé que, cubriéndole el vientre, le habían puesto a Jesús un trapo colorado.

Le azotaron nuevamente y lo echaron encima de la cruz... Al empezar a desnudarlo, se puso todo negro, no se destacaba ya casi nada. Y ya desperté, sintiendo un dolor muy agudo en las manos y como sangre agolpada, queriendo salir.

Y Afra añade: Mis compañeras notaron la pérdida de los sentidos, pero ellas no dijeron nada. Yo tampoco quise decirles lo que me había pasado, temiendo hubiera sido una ilusión mía. Después fuimos a una huerta, donde había una casa con luz. Era casi de noche, y fue cuando yo me vi en las manos, por dentro de la piel, sangre agolpada. Yo, como ignoraba lo que era aquello, me callé; pero al verme de nuevo las palmas de las manos, se lo dije a la amiga que tenía más cerca de mí (Gloria): “Mira, Gloria, lo que tengo”. “Eso no es nada”, respondió Gloria. Pero por la noche, a la completa oscuridad, tanto yo como las compañeras, vimos las heridas mejor que de día...

Al día siguiente —dice el párroco de Villar del Rey— se hace público el suceso. La observan los dos médicos, don Juan Sánchez de la Jara y don Nicolás Vicente, notando en el centro de las manos unos signos amarillos en forma de clavo, con una incisión en medio... Uno le aplica alcohol y el otro yodo, y (los signos) no desaparecen (informa el párroco de Villar del Rey) ⁵.

Aunque los dolores de las cinco llagas los sintió desde el principio, hasta unos tres o cuatro días después no le apareció la llaga del costado, que chorreaba sangre, produciéndole cada gota tal dolor que se imaginaba le iba a

⁵ Ib. pp. 64-67.

causar la muerte. Esta llaga tiene unos ocho centímetros de largo y está un poco inclinada por la punta que mira hacia la espalda. Llaga blanda, sin pus ni señales de infección ⁶.

DESPUÉS DE LAS LLAGAS

Con seguridad que el Señor, antes de darle las llagas a Afra, le pediría su consentimiento para poder ser su esposa de sangre y ofrecer los sufrimientos que debía soportar, al vivir su Pasión, por la conversión de los pecadores. Ella deseaba entregarse totalmente al Señor y ser religiosa en alguna comunidad, pero por diversas circunstancias o por no haber tenido quien le guiase o quizás porque en ninguna comunidad querían tener una religiosa con las llagas por los inconvenientes que podrían surgir o porque no estaban seguras de que fueran auténticas, el caso es que se quedó viviendo en el mundo como consagrada al Señor y viviendo su vida de fe, atendiendo a los enfermos y ocultando sus llagas con un velo para evitar comentarios, ya que para ella eran una señal de amor de Jesús crucificado, que la había escogido con especial amor para ser su esposa crucificada.

De hecho tuvo que sufrir mucho, ya que el obispo dispuso abrir una investigación compuesta por algunos sacerdotes y un médico sobre sus llagas. La internaron una semana en el colegio de la Sagrada Familia (josefinas) de Badajoz y fue tratada con dureza. Al final no se sabe cuáles fueron los resultados de la investigación, pues no hay constancia en los archivos del obispado. Además, hubo un sacerdote, el padre Teodoro Encinas, párroco de Santa María del Mercado de Albuquerque y hermano del médico del obispo, que era un adversario total de las apariciones de Chandavila. En algunos momentos se sintió sola, sin apoyo humano, pero la promesa de asistencia de la Virgen no le faltó para darle fuerzas y seguir adelante.

A Afra la curaba un practicante y al entrarle y sacarle la sonda le producía tremendos dolores. Le decían que tenían que cerrarse, pero hasta el presente nunca se han cerrado totalmente sus llagas. Las llagas de los pies le salieron en el verano de 1946. Son más grandes que las de las manos y más sangrantes en la parte inferior. La sangre brota principalmente los viernes, empapando las vendas que lleva puestas, percibiéndose al mismo tiempo un olor muy agradable

El padre Antonio Corredor le hizo una entrevista en su casa. Vio un envoltorio sobre la mesa y observó que olía bien y preguntó a su madre si podía ver su contenido. Eran las trenzas de Afra, que estaban allí desde hacía tres

⁶ Fray Antonio Corredor, *¿Qué ocurrió en La Codosera?*, 2^{da} Ed. de la Cofradía, 1997, p. 26.

meses. En Viernes Santo fue de nuevo a visitarla a su casa, porque no había asistido a los oficio de Semana Santa. Ella le dijo: *padre, soy una quejona*. Tenía la cabeza vendada. El color de su cara era muy pálido. Las vendas de las manos, sanguinolentas. Suspiraba de vez en cuando. Me dio la impresión de que estaba viviendo la Pasión. Por eso no es de extrañar que ante las imágenes del Señor y de la Dolorosa se conmovía.

Afra tenía un trato íntimo con su ángel custodio. Un día Afra se hospedaba en casa de una amiga. Era el tiempo de la siesta y Afra se había recogido en su habitación. Esperando que saliera su amiga hacía labores junto a la ventana. De pronto un gran resplandor como un globo de luz que venía de la calle, atraviesa la sala y penetra por la puerta del cuarto de Afra. Al poco sale Afra y su amiga le pide explicaciones. Y responde: *Sí, guapa, ha sido el ángel, pero tú cállate y no digas nada*.

PERFUME SOBRENATURAL

Hubo una familia que le ayudó bastante. Se trata de Rafael Aparicio y su esposa Rosario. Tenían una finca en el campo, llamado Mayorga entre La Codosera y San Vicente de Alcántara, y la invitaban Afra a pasar a algunos días con ellos. La llevaron en peregrinación a Roma. La acompañaron a Salamanca a conocer alguna comunidad que pudiera convenirle para su ingreso. También visitó Ciudad Rodrigo, invitada por doña Mercedes Valencia, que se hizo muy amiga suya y pasó bastantes temporadas en su casa. La señora Mercedes se encargada de lavar las vendas de las llagas y testifica que salía de ellas un aroma de perfume exquisito y desconocido. Se quedó con algunas de estas vendas y antes de morir las regaló al Santuario de Chandavila, donde están depositadas.

Afra, una vez que descartó la posibilidad de entrar religiosa, se dedicó a cuidar a su madre, que vivía en Madrid con dos hijas. Afra la cuidó hasta que murió. Allí recibía con caridad a muchas personas que querían hablar con ella y recibir sus consejos, pero no le gustaba hablar de las apariciones, como si fuera un secreto, y evitaba que hicieran comentarios sobre ella. Tampoco dejaba que vieran sus manos vendadas. Muchas personas pudientes la visitaban y le dejaban limosnas para los pobres y ella les repartía lo que le daban, haciendo así caridad con los más necesitados hasta su muerte. Su sobrino Agustín refiere: *Por su casa vi pasar sacerdotes, jueces, profesores, militares, funcionarios, empresarios, amas de casa, empleadas de hogar... Todas las personas le interesaban, a todas ayudaba de alguna manera. Para ganarse la vida hacía trabajos de secretaría a domicilio mecanografiando*.

Roland Rambeau, un convertido francés, habló con ella en distintas ocasiones a lo largo de 25 años y recuerda el maravilloso olor que salía de sus manos. Una tarde Afra le entregó un sobre con dinero para ayudarle en sus necesidades y nos dice: *Al volver al hotel, intrigado por el sobre del que emanaba un cierto buen olor, lo abrí. El perfume salía cada vez más fuerte. Además había un billete de 10.000 y otro de 5.000 pesetas. Y estos billetes también desprendían un dulce y maravilloso perfume.* Afra murió el 23 de agosto de 2008.

OTROS VIDENTES

JOSÉ VÉLEZ CASTAÑO

El niño de 11 años, José Vélez Castaño nos dice: *Aquello fue verdad. Pero yo no vi a la Virgen. Yo estaba guardando los chivos de mi padre en aquel lugar donde también habían ido Ramón Pérez, Paulo González (Paliche) y José López Ramos. Cuando dijeron, descompuestos y nerviosos, que estaban viendo a la Virgen, me acerqué al castaño para verla yo también. Pero lo que vi fue una luz tan fuerte y un resplandor tan intenso que no podía apartar la vista. Dentro de aquella luz vi eso que los curas alzáis y que no me acuerdo cómo se llama.*

—Le respondí: ¿El Cáliz?

—No, eso no. Sale en la procesión.

—La Custodia —le dije.

—Sí, será eso. Era una luz tan grande y cegadora, que salía de aquel centro, que me mareé y caí al suelo, perdiendo el sentido. Solo recuerdo que, cuando desperté, me habían echado agua de un barril, y lo primero que vi fue la cara del señor José Margullón, el Gambello, que me animaba a levantarme. Repuesto de aquella visión, pensé en los chivos que había dejado en una tapada y que sería difícil no haberse perdido y dispersado. Mi padre me pegaría. Pero cuando salté la pared para ver si estaban allí, los encontré todos juntos formando un pelotón, sin faltar ninguno, y me llené de alegría. Eso fue lo que vi y eso lo llevaré en mi corazón hasta que me muera. Eso fue verdad.

Al niño José Vélez le fue dada la gracia de contemplar a Jesús Sacramentado en la sagrada hostia. La Luz de la Gloria que tomó carne de la Virgen María a la cual también se acercó él para verla como decían que veían sus compañeros, sin pensar ni remotamente en la Custodia que salía solamente una vez cada año en la Fiesta del Corpus.

Por eso este testimonio hace más creíbles las apariciones de Chandavila, invitando a la oración y al cumplimiento de lo que pide el Evangelio.

José Margullón

Casado de 32 años, manifiesta que: *Estando el día 26 de junio en una huerta de su propiedad, en el sitio llamado “Maravá”, de este término de La Codosera, fue requerido por unos cabrerillos que en dicho lugar apacentaban sus ganados y, al llegar, le manifestaron que estaban viendo a la Virgen Santísima sobre el tronco de un castaño; que al acudir a dicho lugar se dio cuenta de que dos de los muchachos estaban mareados a causa de la impresión y el que le llamó, estaba bastante nervioso y agitado. Al señalarle los chicos el lugar donde la estaban viendo, dirigió también la vista y quedó sorprendido al verla también sobre el indicado castaño; que entonces avanzó hacia el sitio de la visión sin que los muchachos hicieran por seguirle, y continuó viéndola hasta llegar a la distancia de unos veinte pasos, en que desapareció la visión.*

Al día siguiente, sin decir nada a nadie, por ver si era ilusión o por convencerse de lo que fuera, llegóse al mismo sitio y ya no percibió nada de lo del día anterior. Esto se realizó a eso de la puesta del sol, pero por la orientación del sitio a la falda de la sierra, todo se hallaba en sombras y, por lo tanto, no podían ser reflejos de los rayos solares. Y para que así conste, lo manifiesta y firma en La Codosera, a 16 de julio de 1945. - José Margullón ⁷.

GERARDO GÓMEZ-TRIGO

Don Gerardo Gómez-Trigo era el médico de La Codosera durante los años de las apariciones. Era escéptico con esa clase de visiones y su esposa refiere que un día entró en casa con un aspecto totalmente inusual y diferente. No era de cansado. Y ella nos dice: *Enseguida noté —dice doña Rosa— que algo le pasaba, y le pregunté que me dijera el motivo de su estado. Porque era evidente que algo le preocupaba. Y continué con insistencia preguntando qué le ocurría. Él me decía que no tenía nada. Que no pasaba nada.*

Hasta que, al fin, ante mi insistencia, me dijo: “Pues sí, me ha ocurrido algo que no esperaba. Te voy a decir lo que me pasa. Ha sucedido que, cuando pasaba por Chandavila, pensé en las Apariciones y los informes que debía hacer, y me fijé en la imagen de piedra que habían puesto en el atrio. Una imagen que nada tiene de particular, pero que me dio por fijarme en ella. Y al

⁷ Ib. pp. 100-101.

instante observo que dicha imagen de piedra toma vida y movimiento y me mira. Pensé que podía ser una impresión momentánea y subjetiva. Pero no. Era que tenía vida y se movía. Cuando cesó ese fenómeno —que nunca imagine que pudiera sucederme— continué mi camino y esto es lo que ha ocurrido. He visto a la imagen de la Virgen tomar vida”.

Rosa, la esposa del médico, manifestó: *Mi marido era escéptico en cuanto a las apariciones. Unos meses antes de venimos fue a visitar a un enfermo (en la campiña) y, al pasar por Chandavila, entró a rezarle una “Salve” a la Virgen, y me dijo que, cuando llevaba unos minutos, vio que la imagen iba recobrando vida, y como una persona de carne y hueso estuvo así unos minutos, y luego volvió, poco a poco, a desaparecer y recobrar su forma “de barro” (piedra o cemento). En cuanto llegó a casa se lo noté, venía demudado, y me lo contó todo. Yo quise decirlo, pero no me dejó, pues creía que la santísima Virgen lo hizo para que no tuviera reparos en hacer los certificados, etc., que le pedían, y me dijo que, si lo decía, sus certificados no tendrían el mismo valor; pero yo me quedo más tranquila diciéndoselo a usted, que sabe lo más conveniente para la gloria de la santísima Virgen de Chandavila*⁸.

JOSÉ CAMACHO RUIZ

José Camacho Ruiz, inspector del Cuerpo general de policía secreta, con destino en la zona fronteriza de La Codosera según su testimonio recogido por el padre Hilarión nos cuenta: *El día tres de junio de 1945 hacia las 7 p.m. se encontraba mucho público en el lugar de las apariciones y observó que el sol giraba vertiginosamente de derecha a izquierda en la misma forma que lo hacen los discos de gramófonos. El centro del sol era de color verde intenso, despidiendo al girar, como rayos dorados o chispas de fuego. El color de los rostros de las personas congregadas era de color amarillo, así como los trajes blancos y de colores claros. Este fenómeno duró como 15 minutos.*

En ese mismo día y después del fenómeno del sol, se observaron, en el azul del cielo y entre nubes, figuras que representaban la Virgen con el Niño y una gran Cruz.

Pasados unos días del suceso anterior, y en virtud de haberse congregado en el sitio de las apariciones unas tres mil personas, entre las que se encontraban las videntes, se observó que, estando todo el cielo muy oscuro, debido a una gran tormenta que rodeaba a todos los congregados, y que con gran aparato de relámpagos y truenos amenazaba descargar, se dio la

⁸ Ib. pp. 110-111.

*circunstancia que se considera milagrosa, de que en el sitio, precisamente de las apariciones, estaba el azul diáfano, y que siguió de esta manera, haciendo un camino hasta el pueblo. Precisamente, cuando llegó a la localidad, descargó una tormenta que fue la que ocasionó tantos daños*⁹.

Juan Brígido Blanco, hermano de Afra, al día siguiente de la primera aparición, el 28 de mayo, fue a ver si aquello era verdad y, al mirar al cielo, observó admirado que se podían contemplar perfectamente a plena luz solar incontables estrellas y una aureola como corona blanquísima. Al día siguiente fue al mismo lugar y dice: *Vi a la Santísima Virgen que se marchó muy triste y estaba rodeada de muchos ángeles.*

José Lobillo, guardia civil, el día 30, estando de puertas en el cuartel de La Codosera, le llamó la atención ver una nubecilla que apareció a la derecha y algo distanciada del sol. Poco después vio sobre la nube perfectamente estampada la imagen de la Santísima Virgen con manto negro y a su lado a Nuestro Señor Jesucristo crucificado. Algunas mujeres del pueblo ese día vieron exactamente lo mismo y de ello dieron testimonio.

LUIS OLMO AMORES

Veamos el relato que formula el P. Hilarión en su conversación con él: *Luis Olmo era uno de los que dicen que no creen, si no ven. Y argumentaba que estaba en su perfecto derecho de creer que, si la Virgen se ve en el sitio de Chandavila, también podría verse en el pueblo. ¿Por qué hay que ir allí para verla? Luis Olmo era enemigo —decía— de aquellos tumultos arrebatados que subían al santo lugar, ansiosos de contemplar el prodigio celeste.*

El día de la Ascensión del Señor, por la tarde, Olmo estaba oyendo relatar a algunos vecinos la presencia de algo extraordinario en el cielo: “Me puse a merendar y, llevado de la curiosidad, comencé a fijarme con detención en el espacio. A los pocos momentos veo cómo se forma sobre el azul una Cruz perfecta”.

“Al día siguiente me marché a mi fábrica serradora, que está a la salida del pueblo. Mandé a mi hijo Luisito a hacer un recado, y al quedarme solo sentí un impulso, como un deseo interior de mirar al cielo. Estuve algún tiempo observando con curiosidad, pero no vi nada. No obstante el cansancio que se apoderaba de mí, seguí observando el cielo azul hacia el lugar de Chandavila, a unos tres kilómetros de donde yo estaba. Al fin veo un nublado sobre el sitio

⁹ Ib. pp. 113-114.

indicado, observo que el nublado se abre (como dos cortinas que se corren), dejando en el fondo una silueta perfecta de la Virgen con el Niño en los brazos. Lleno de admiración y sobrecogido de respeto, me descubrí, me arrodillé y recé”.

Me doy cuenta exacta de que no soy presa de una ilusión, porque todos los objetos los veo como son, y para más cerciorarme, vuelvo la espalda al lugar de la visión, y me pongo a mirar el cielo del espacio opuesto”.

Sobre el limpio azul empiezo a ver cómo se va dibujando un preciosísimo paisaje con una senda de árboles, un pequeño regato y, casi en triángulo, tres árboles que se destacan más sobre el conjunto y, al fondo, la silueta, al parecer de una iglesia”¹⁰.

Cuando Luis manifestó a todos lo que había visto, ya no fue necesario que nadie le empujara para visitar el bendito lugar de las apariciones. Muchas personas fueron con él al lugar y pudo comprobar con detalles sobre el terreno que aquel paisaje que él había visto, pintado en el cielo, era aquel mismo lugar de Chandavila, que él desconocía por completo, porque nunca había ido a verlo.

UNA FALSA VIDENTE

Me refiero a Dolores Lucio (1914-1998). Ella aseguraba que había visto a la Virgen en varias oportunidades. Se negó a reconocer el consejo y el parecer de las autoridades eclesiásticas y constructoras sobre el lugar de la edificación del santuario para el cual había permiso del obispado. Ella afirmaba haber recibido de la Virgen en un mensaje la orden de edificar el santuario en un lugar, que era un terreno de su propiedad. Y añadía que la misma Virgen le había asegurado que, si lo construían en otro lugar, les prohibía entrar bajo pena de dejarlos inválidos o paralíticos a los atrevidos, que desafiaran su orden.

La primera vidente, Marcelina, manifestaba que, cuando la Virgen le dijo de edificar allí una ermita, no le dijo el lugar concreto. Pero Dolores no daba su brazo a torcer y el problema era que varias personas le creían y estaban de su parte, creándose así una división entre los devotos. Por otra parte, Dolores comenzó en su terreno, en el lugar que según ella le había señalado la Virgen, a construir una capilla, que resultó una mini capilla.

Esta señora Dolores tenía cosas contradictorias. A veces caminaba de espaldas con la cabeza erguida o de frente cabizbaja, casi pegando al suelo,

¹⁰ Barroso Silva Francisco, o.c., pp. 106-107.

yendo y viniendo de un lado a otro. En una ocasión dijo que había que celebrar una misa debajo de un olivo, dando la comunión con las hojas de dicho árbol y luego hablaba de amenazas a los que no acataran sus mensajes. El caso fue que Dolores y su familia y un reducido grupo de seguidores no entraron jamás en la capilla del castaño, ni en la explanada del santuario para las celebraciones multitudinarias, ni por supuesto en el mismo santuario. El médico del pueblo que la conocía, la definió como enferma de histerismo. También hubo otros falsos videntes que fueron rápidamente detectados por su conducta no muy santa.

CASTIGOS

A los pocos días de las apariciones, fue un grupo del caserío de Recanto de Portugal a ver qué pasaba. Britis María dos Santos, una joven portuguesa incrédula, se mofaba del supuesto hecho y quedó ciega. Ella no era creyente y además vivía con un hombre sin estar casada y fue sin respeto ni recogimiento. No dice: *Estando cerca del árbol, allí mismo vi montado en un carro que pasaba a un hombre que conocía yo (el señor Vicho) y exclamé con mucha guasa y palabras insultantes a nuestro Señor: “Mirad, ahí viene el... del señor Jesucristo”. Y en ese instante quedé ciega. Eso sucedió así y lo testifiqué a los padres curas y al médico que me tomaron declaración y debe constar en la parroquia donde estaba de párroco don Juan.*

Para ella fue un dolor muy grande. Se creyó castigada por Dios y se puso en manos de médicos oculistas de Portugal en Lisboa, que no le dieron solución. Recuperó un poco de vista y apenas se podía valer. Contrajo matrimonio por agradar a Dios y, estando lavando la ropa en el arroyo Abrilongo, de rodillas y a duras penas como se lavaba antes, le dio por mirar hacia arriba y vio la figura de don Juan, el cura párroco, en la orilla enfrente de ella, que saludaba a las lavanderas en una tarde de paseo. Fue lo primero que vio nítidamente.

Otros casos son relacionados con blasfemias proferidas por parte de los no creyentes y son recogidos por el Padre Hilarión y el periodista José de la Cueva. Por ejemplo, la señora Joana Piris tenía un hijo, Antonio Silvestre Piris, de 28 años de edad, viudo, que había ido a hacer la siega en Albuquerque con un grupo de compañeros compatriotas. Terminada y cobrada la faena, volvía a su casa con sus compañeros, cuando al pasar por Chandavila, se habló de las apariciones. Antonio, más ligero y frívolo que los demás, tuvo palabras soeces y de burla y, en el momento que así hablaba, cayó al suelo sin movimiento, sin vista y paralizados todos sus miembros al tiempo que le salían en los brazos unas úlceras, que se hundían a la presión de los dedos. Los compañeros se asustaron y lo transportaron a su casa. La madre de Antonio exclamó: *La Santiña me lo ha castigado*. Lo encomendé a su misericordia y dos días después ya estaba sano y

diciendo: *Hay providencia*. Y él solo fue a rezar a Chandavila para desagraviar a la Santísima Señora.

CONVERSIONES Y CURACIONES

Todos los que de una u otra manera tuvieron alguna visión o relación directa con las apariciones quedaron convertidos a una vida religiosa de mayor fervor.

Quizás el caso más claro es la conversión de la misma madre de Marcelina que, por haberle matado los nacionales a su esposo, tenía mucho odio a todo lo que se refería a religión y hasta le pegaba a su hija por verla tan religiosa y metida en la iglesia, mientras ella se dedicaba al contrabando con otras compañeras, sorteando a los guardias para no ser capturadas.

Se acercó a la iglesia, porque se sintió conmovida al saber que la Virgen había besado a su hija y decía: *Mi corazón estaba lleno de odio y rencores A todos cuantos he odiado tanto, perdono, perdono y perdono como el Señor nos enseña que perdonemos*. Ella misma, como señal de arrepentimiento, compró con sus pequeños ahorros el sagrario que tuvo el santuario, cuando se reservó el Santísimo Sacramento. Y poco a poco se fue construyendo la capillita del castaño, el santuario, la Vía Sacra, el altar de la explanada, la capilla de la reconciliación y demás dependencias, todo para uso de la oración.

Después de las apariciones, tuvo que salir del pueblo para que la gente forastera no hiciera problemas a Marcelina con tantas preguntas y visitas a la casa. Para ello les ayudó una buena mujer, Josefina Sánchez, que le consiguió un buen trabajo lejos del pueblo y de sus amigas contrabandistas.

En el archivo parroquial se conserva un libro, escrito por el sacerdote párroco de la localidad durante las apariciones, bajo el título: *14 años en la aldea*. En él puede leerse cómo muchas personas que no veían a la Virgen sí pudieron ver fenómenos extraordinarios como la formación de nubes en torno al castaño o colores alrededor del disco solar; testimonios ratificados por las muchas personas del pueblo que fueron testigos de estos fenómenos. Incluso hay una decena de testimonios de personas de distintos puntos de España, que atribuyen a la intercesión de la Virgen de Chandavila curaciones milagrosas.

EL SANTUARIO

El santuario de Chandavila está dentro de la demarcación de la parroquia de Nuestra Señora de la Piedad de La Codosera en la arquidiócesis de Mérida-Badajoz. Las imágenes que vieron tanto Marcelina como Afra, la estigmatizada, fueron de Jesús Nazareno, de Jesús crucificado y de la Virgen Dolorosa. Muchos se sentían defraudados, porque la Virgen no habló de cosas graves futuras, sino solo de oración y sacrificio y rezo del rosario. La Virgen dijo: *Quiero que se rece el rosario y se venga a hacer oración en este lugar y que se haga aquí una ermita.*

Como el obispo apoyó las apariciones con la construcción del santuario y la celebración del culto con un capellán expresamente para el santuario, muchos empezaron a asistir al lugar sobre todo los 27 de mayo de cada año. Iban peregrinaciones de distintas partes de España y también de Portugal y de otros países, pero esta celebración anual empezó a celebrarse con mucho vino y poca cera como diría el párroco. Muchos iban más por pasar un día de fiesta en el campo con buena comida y fiesta, a la cual asistían también muchos tenderos y gente negociante con sus chucherías. Felizmente la Cofradía establecida cortó por lo sano estas manifestaciones de fiesta popular para reducirla a un lugar de oración, de perdón (confesión) y penitencia.

La Virgen había pedido a los tres meses una misa de campaña, dando a entender que la misa es el centro de toda la fe católica y debía serlo también de nuestra fe personal. Los frutos de asistir al santuario se vieron pronto con conversiones, fervor y hasta milagros. Y todo con el consentimiento del obispo. Sin su apoyo no se hubiera construido el santuario ni la capilla del castaño. La misma misa, a los tres meses, como pidió la Virgen, no se hubiera podido celebrar si el párroco no hubiera obtenido el permiso del obispo.

Con motivo de los 75 años de las apariciones de 1945, el 2020 el Vaticano concedió un Año Santo jubilar como si quisiera de alguna manera aceptar aquellos acontecimientos, aunque el obispo no los haya aprobado oficialmente. Pero según afirma el actual obispo Monseñor Celso Morgia: *Los obispos que me han precedido han celebrado la Eucaristía en alguna de las festividades de la Virgen y han venido a pasar unas horas y rezar en este lugar, que invita a la oración sosegada y piadosa*¹¹.

¹¹ Carta pastoral en el Año Santo de Chandavila, 13 de mayo de 2020, Celso Morgia, arzobispo de Mérida-Badajoz.

